

alistarse en la flota peloponesia donde se les pagaba casi el doble. Así las cosas, Lisandro atacó á los atenienses en los aguas de Samos y les hizo sufrir una derrota.

No fué necesario más para desacreditar á Alcibiades; destituido del mando se retiró por su propia voluntad á las costas de Tracia (406), y colocaron al frente del ejército diez generales, en cuyo número se encontraba Conon, quien despues adquirió gran celebridad.

En la misma época, habiendo acabado el año legal de Lisandro, debía éste entregar el mando á Calicratidas, general de grande habilidad, pero cuyas costumbres de austeridad antigua le hacian poco agradable á los espartanos de su tiempo. Lisandro, que fomentaba los descontentos, le desacreditó con Ciro, y este príncipe rehusó recibirle. *Bebe*, respondieron los cortesanos cuando Calicratidas pidió audiencia. —No importa, replicó el espartano; *esperaré á que haya acabado*.

No dejó de ocasionar las burlas este candor que era considerado como grosera rusticidad; vióse, pues, en la necesidad de alejarse deplorando las miserias de la Grecia reducida á mendigar el socorro de los extranjeros. No confiando ya entonces más que en su valor, embistió á Metimno y se apoderó de aquel punto; despues venció á Conon delante de Mitilene, y le asedió en el puerto. Habiendo aprendido Ciro á conocer mejor á Calicratidas y sintiendo sus malos proceder con respecto á este hombre, hizo se le remitiesen abundantes subsidios; pero acudiendo los atenienses con la flota aliada, derrotaron en las aguas de las islas Arginusas á la espartana, que perdió al mismo Calicratidas. Invitándose al guerrero á fin de que evitase el encuentro con fuerzas tan superiores á las suyas, conestó que Esparta podía armar una nueva flota, en el caso en que perdiese la que él mandaba; pero que perdido una vez su honor, nada podía devolvérsele.

Olividaba que si por un lado se encontraba su honor, por el otro estaba la salvacion de su patria.

Una parte de la flota ateniense se dirigió contra la que bloqueaba á Conon delante de Lesbos, yendo la restante en socorro de los buques averiados que corrian peligro de irse á pique, y tuvo encargo de sepultar á los muer-

tos. Arribó, sin embargo, la primera escuadra cuando los espartanos habian hecho rumbo á alta mar, impidiendo á la otra la tempestad el cumplir su piadoso cometido (406), y volvióse la flota á Samos. Llegada que hubo la noticia á Atenas, fueron acusados los generales de atentado religioso y seis de ellos condenados á muerte, por el juicio más inicuo á pesar de las protestas de Sócrates. Las desgracias que despues se experimentaron parecen un castigo de este público desafuero.

Conocieron los espartanos con la derrota que habian experimentado la necesidad que tenian de Lisandro; volvió éste á ponerse al frente de la flota, amado de los soldados y rico con los subsidios de Ciro: hizose á la vela para el Helesponto deseoso de medir sus fuerzas con las de los atenienses. Aun con riesgo de su vida vino Alcibiades á avisar á sus conciudadanos del peligro que les amenazaba, mas no le escucharon, y sorprendida su flota en las aguas de Egos-Potamos sufrió una completa derrota. Fueron degollados por los vencedores tres mil prisioneros, entre los que se contaban á Philoteto que, confiando en la victoria, habia propuesto cortar la mano derecha á todos los peloponesios que se cogiesen. Habiéndole preguntado Lisandro qué trato creia merecer, respondió: *El que te hubiéramos hecho sufrir si hubiéramos sido vencedores*.

Así fué como Atenas perdió el imperio del mar que habia conservado setenta y dos años. Rivalizaron sus aliados en presteza á someterse á Esparta; algunos que titubearon fueron precisados por la fuerza. Sitió entonces á Atenas la guarnicion laconia que nunca habia salido de Decelia, llegando pronto tambien Lisandro con la flota y envanecido con la victoria (404). Defendiéronse heroicamente por espacio de seis meses los atenienses, aunque no existia la paz dentro de sus muros, donde Terameno y los restos de los Cuatro-Cientos procuraban hacer triunfar la aristocracia más bien que salvar la patria. Querian los aliados del Peloponeso que la ciudad fuese arrasada hasta en sus cimientos; consintió Esparta en concederles condiciones por las cuales las fortificaciones del Pireo y las murallas que lo unian á la ciudad debieron ser demolidas; tuvieron los vencidos que entregar todas sus galeras á escepcion de ocho y

renunciar á toda pretension sobre las demas ciudades: revocaron la sentencia de destierro dada contra los partidarios de los grandes, auxiliar á Esparta en toda guerra ofensiva ó defensiva, y recibir de ella la forma de su gobierno. Estas condiciones eran tan duras como inevitables. En un dia, aniversario de la batalla de Salamina, abria Atenas sus puertas al enemigo, y le vió derribar sus murallas é incendiar su flota. Por siempre concluian para ellos los triunfos y las alegres fiestas.

De esta manera, y despues de veintisiete años, concluyó la guerra del Peloponeso, que anonadó la grandeza de Atenas; dirijamos sobre ella aún algunas miradas antes de seguir el curso de los acontecimientos.

CAPITULO X.

Esparta á la cabeza de la Grecia.

En el momento en que estalló la guerra del Peloponeso (403), se mostraron los espartanos como libertadores para convertirse á su conclusion en tiranos, y quisieron establecer el gobierno aristocrático en todas las ciudades así vencidas como aliadas. Lisandro suscitó violentas revoluciones por someterlas á individuos de su partido bajo la presidencia de un harmosto lacedemonio; además, las guarniciones distribuidas en las ciudadelas se entregaban á toda clase de excesos. Esparta, la ciudad sin dinero, que mantenía sus flotas con los subsidios de la Persia, comprendiendo al fin la necesidad de tenerlos, llenaba su tesoro rescatando á sus aliados. Lisandro obtuvo por fuerza 1,000 talentos (5,000,000 y medio) de las ciudades del Asia Menor; expidió 1,500 más despues de la toma de Samos, última conquista de esta guerra, prescindiendo de una gran porcion de oro y plata que le fué ofrecido con esa espontaneidad común á los vencidos. Sirvióse Lisandro de este oro para minar las instituciones de su patria, que no podia dominar el hierro. Promulgóse una severísima ley contra aquellos en cuyo poder se encontrase moneda. ¿Cómo habia de desdenar el pueblo aquello de que manifestaba la república hacer tanto caso?

Sentian, pues, los aliados de Esparta pesar sobre su cerviz el mismo yugo á que les habia

sujetado Atenas, con la circunstancia agravante de tener por señores á hombres rudos y toscos; en vez de Temístocles y Pericles, el brutal Lisandro; en vez de los conciudadanos de Sófocles y de Fidias, un cuartel de espartanos, tiranos en sus hogares, tiranos en el campo, tiranos en el consejo.

Los padecimientos de Atenas nos pondrán al alcance de los padecimientos de las demas ciudades. Despues de haberla mandado desmantelar Lisandro, estableció allí treinta oligarcos con autoridad plena sobre la vida de sus conciudadanos; hombres inicuos y viles como todos los que desertan de la causa de su patria y abrazan la del extranjero, esclavos de su voluntad y protegidos por sus guarniciones. Comenzaron las pesquisas; á todo el que tenía fama de virtud ó de riqueza le aguardaban el destierro ó la muerte. Uniendo al furor la perfidia, se mandaba á personas probas que hicieran prisiones, á las cuales sucedia el suplicio. Fueron desarmados los ciudadanos; se quiso que el areópago renunciase al voto secreto, careciendo así sus juicios particulares de la libertad necesaria; cada acusado mereció una condena. Aun cuando aparezca exagerado el aserto de Jenofonte, reducido á que pereció más gente en el curso de estos ocho meses que en los veintisiete años de guerra, nos suministra idea de la violencia homicida de aquellas persecuciones.

Cristias, discípulo de Sócrates, se hallaba á la cabeza de los Treinta. Theramenes, uno de ellos, fué el primero que escuchó la voz de la virtud ó del remordimiento, y quiso oponerse al rigor de sus colegas; mas no hay manera de detenerse impunemente en el camino de la tiranía, cuando hay cómplices que entienden continuar marchando adelante. Condenado á su vez padeció la muerte con valor tan apacible, que se olvidaron sus faltas para admirarle.

En nombre de Esparta publicaron los Treinta un decreto amenazando al que diese asilo á los desterrados de Atenas; pero lejos de prestar oído á aquel bárbaro precepto, les acogian las ciudades con esa generosa compasion que dedican á los desterrados los corazones bien nacidos. Hasta el mismo Alcibiades se vió objeto de la malevolencia de los tiranos, quienes le rodearon de emboscadas. Obligado á abandonar el

asilo que había encontrado en Tracia, se había refugiado cerca de Farnabazo, si bien, á instigación de Lisandro, envió el sátrapa soldados que se apoderasen de su persona, y murió defendiéndose.

Habían rayado ya los males públicos y particulares en aquella extremidad que consiente verlos disminuidos. La dominación orgullosa de Lisandro le había enajenado muchas voluntades en Esparta. Los desterrados, perpétuos artífices de revoluciones, estaban en inteligencia con Atenas. Tenía por jefe á Trasíbulo, no ménos valiente en la guerra, que justo en la paz y adicto en un todo á la libertad de su patria. Seguido sólo de setenta compañeros resueltos se apoderó del fuerte de Pílos en los confines de la Atica y de la Beocia (403): allí reunió á los descontentos, recibió refuerzos, y entre ellos cerca de quinientos hombres que le envió Lisias, famoso orador siracusano, á fin de vengar á su hermano que había sido condenado á muerte, y de defender á la patria de la elocuencia. Trasíbulo aguerría con pequeñas victorias á aquel puñado de rebeldes, único nombre que debían llevar hasta que los convirtiera en héroes su completo triunfo; y por mucho que los Treinta multiplicaron sus rigores, no pudieron impedirle que se enseñoreara del Pireo. Corría Lisandro á defender su obra, cuando fué detenido por Pausania, rey querido de los espartanos. Ya fuese que tuviera lástima de los padecimientos de Atenas, ya que quiso desembarazarse del general presuntuoso, consintió en tratar con los atenienses y se operó la revolución sin efusión de sangre: se salvó la vida hasta á los mismos tiranos.

Proclamóse el olvido general de lo pasado (402), se reconoció la deuda pública contraída por el gobierno precedente; medidas que redundaron con justicia en gloria de Trasíbulo, y sirvieron de prenda para la paz. Se puso nuevamente en vigor la ley que pronunciaba la confiscación y la pena capital contra todo el que ejerciese una magistratura bajo un gobierno contrario á la constitución democrática; se declaró inviolable al asesino de un tirano, y debieron todos prestar juramento de dar muerte á los enemigos de la democracia, prometiendo venerar á todo el que sucumbiera por vengarla; por último, el gobierno de Solón quedó

totalmente restablecido, pero ¿se restablecieron del mismo modo las costumbres? ¿se puede hacer revivir el espíritu con las formas de las instituciones?

Responda Sócrates á esta pregunta. Nació en Atenas (470) en una condición oscura, hijo de un escultor y de una partera, comenzó sirviendo á su patria con las armas en la mano, y se le vió hacer alarde de un valor intrépido en las batallas de Potidea y de Delium, libertando á Alcibiades del enemigo, y sacando á Jenofonte herido, sano y salvo sobre sus hombros. Bajo la dirección de los más hábiles maestros se consagró posteriormente al estudio, y aprendió cuanto se podía saber entonces; también se instruyó en las artes liberales, y se habituó á los buenos modales con el elegante Diotimo. No aplicándose como sus predecesores á especulaciones abstractas, inútiles á la moral, se hubo de decir de él que hacia descender á la filosofía del cielo á la ciudad. No abrió escuela, ni puso su doctrina por escrito; popular y vulgar iba por las plazas y por las esquinas, á la tienda del carpintero, cerca de la mesilla del zapatero, y dirigiendo preguntas á los que se reunían en torno suyo, tomaba por texto los objetos más humildes, las ideas más sencillas, y guiaba paso á paso los espíritus al descubrimiento de la verdad. Por eso se decía, que semejante á la partera, su madre, no creaba, pero ayudaba á producir á los demás.

Aquella humildad que no propendía de ningún modo á fundar un sistema, una escuela, formaba singular contraste con la orgullosa vanidad de los filósofos y de los sofistas, á quienes tenía designio de hacer la guerra. Unos y otros se citaban á Atenas, como centro de la Grecia, de modo que las ideas se propagaban allí holgadamente y las fuerzas intelectuales se multiplicaban por la emulación de todos aquellos que impulsaban al adelanto del pensamiento. Pero al mismo tiempo favorecían las escuelas la pereza de los talentos con la facilidad de instruirse y de instruir al libre exámen palabras y fórmulas aprendidas. Habían profesado los primeros sabios una filosofía desinteresada; más vino en pos de ellos una turba de especuladores que, viendo lo mucho que podía la elocuencia en Atenas, abrieron escuelas donde mediante una retribución se hacía oficio

de enseñar á discutir y á discurrir. En breve degeneraron en profesores de verbosidad y de argucias, ostentando tanta más ciencia cuánta ménos poseían realmente; sus lecciones enseñaban á encontrar argumentos en pro y en contra, á agrandar las cosas pequeñas, y á amenguar las cosas grandes, á debilitar la verdad y sustentar la mentira. De este modo extinguían toda clase de diferencia entre lo verdadero y lo falso, y destruían la moral no dándola más que bases arbitrarias. Cleon fué el primero que despojó de dignidad la tribuna; se le vió levantar la voz, gesticular, darse golpes en el muslo, descubrirse el pecho, y moverse de aquí para allá mientras peroraba. Al revés Pericles; nunca había arengado al pueblo, sino envuelto en su clámide, sin declamar ni hacer un gesto. Hipias de Elida se vanagloriaba en público de saberlo todo, incluso hacer vestidos, calzado, y un ajuar completo. Gorgias de Leoncio se presentó en el teatro declarándose pronto á tratar todos los asuntos posibles. En un gobierno como el de Atenas, donde la elocuencia resolvía las medidas de administración lo mismo que de los juicios, sostenía las usurpaciones de los grandes, justificaba las aberraciones de la muchedumbre y los excesos de la tiranía, es fácil de conocer cuán perniciosos eran semejantes ejercicios; en efecto, propendían no ménos que á extraviar los ánimos, á deprimir el más noble atributo del hombre, la razón, persuadiendo á los jóvenes de que sin la reflexión es posible el discurso, y sustentar sin convencimiento una causa buena ó mala.

A este peligroso contagio opuso Sócrates su carácter, un juicio recto, una delicada ironía, al paso que volvía la lógica á sus verdaderos principios, y que merced á la insistencia de sus preguntas sacaba ventaja de la menor concesión para hacer confesar á su adversario lo que quería que declarara. Este método, que sería tan provechoso poner en el día en práctica, para dar alguna forma á las opiniones que se habían convertido en un caos, le hizo pasar por un nuevo sofista; pero bien diferente de todos aquellos falsos sabios, tenía por objeto dar al pensamiento la mayor precisión lógica, desarrollar las ideas de la virtud y el vicio, no reduciéndolas á una esclavitud científica, sino

introduciéndolas en la vida práctica. Mientras que los filósofos, rodeados de multitud de discípulos, daban á un elevado precio lecciones de elocuencia, política, pintura, escultura, arte militar y aun virtud y felicidad, Sócrates la comparaba á las cortesanas que trafican con sus gracias. Por su parte, parecía que no había estudiado tanto sino para ser mejor; agotar las fuentes de los sentimientos nobles, separar las falsas apariencias, llamar á la ciencia en ayuda de la razón é inspirar al hombre confianza en sí mismo. Entre tanto que los sofistas derribaban orgullosos la religión, sin ser sustituida con nada, y que destruían las ideas de verdad y virtud, Sócrates, con sencilla ingenuidad, reconstruía, por decirlo así, á Dios, dirigiendo los ánimos á todo lo que es verdadero, bueno, noble y justo, á todo lo que de Dios procede y nos conduce á él. No es decir que hiciese la guerra al culto dominante; no eran los tiempos á propósito para ello, y comprendía que muchos podrían reunir excelentes sentimientos morales; pero concedía una interpretación más elevada á las creencias populares, procurando sacar de ellas conocimientos sociales.

Nada afirmaba, sin embargo, pues decía que no sabía más que una cosa, que era ignorarlo todo. Dudaba, preguntaba, conducía hasta el límite de la verdad, allí se detenía, sea porque quisiera oponer un contraste á las absolutas decisiones de los sofistas, sea porque conociese la impotencia del espíritu humano, que bien puede conocer la vanidad de la ciencia, pero que no comprende toda la verdad, pues ésta es Dios.

De cualquiera manera que hubiese adquirido la idea de Dios, ésta era grande y sublime. Proclamaba la unidad del Sér Supremo y deducía de Dios la moral más pura que jamás ha profesado un pagano. Cuando hubo que poner por obra sus principios, se mostró siempre intrépido amigo de la verdad; creía que el callarla hubiera sido hacerse culpable para con su conciencia, órgano inmediato é incorruptible de la divinidad y que él llamaba su genio. Cuando los generales vencedores en Arginuses fueron citados á juicio por sacrilegio para con los muertos, él solo se opuso, pero con constancia, á su condenación; él fué el único entre los retóricos á quien los Treinta prohibieron hablar al pueblo, que sin dejarse acobardar

los desaprobó con sus discursos y silencio. No solicitó empleos, pues decía: *Siroo mejor á mi patria formándole buenos ciudadanos.*

Eran, sin embargo, sus discípulos predilectos Alcibiades y Critias, el más furioso de los Treinta, que sostenía que la religión y el culto eran bellas invenciones de los legisladores para engañar al vulgo. Habíanse separado ambos de las huellas de su maestro; pero los malévolos imputaban á éste las faltas de sus discípulos, tanto los desórdenes del uno como las atrocidades del otro. Si oponía á la desenfrenada democracia de Atenas la estabilidad de Esparta, se le consideraba como mal intencionado con su patria. Había dicho que prefería la severidad patriótica de Eurípides á las licenciosas agudezas de Aristófanes, y éste le presentó en la escena, mostrándolo errante entre las nubes como un vano sueño; llegaron hasta atribirle sutilezas de las que era el más declarado adversario: el procedimiento es antiguo más no por eso envejece.

Creemos que era llegado para Sócrates el caso en que recordase estas palabras de Eurípides: *Horroricémonos de aquellos que predicando las chanzas hacen á los hombres malos.* No pensaba á pesar de todo defenderse; caminaba impávido por la verdadera senda, fiel á sus convicciones, formaba discípulos como Jenofonte, Cebes, Antisteno, Aristipo, Platon y otros que le honraban. Sufria con paciencia las injurias, y cuando asistía al teatro á representaciones en que era puesto en escena, permanecía inmóvil y atento, diciendo que se figuraba estar en un banquete en que regocijaba á los convidados. Recibe una bofetada y se contenta con decir: *Es lástima que no se sepa cuando hay que salir con visera.* Su mujer Jantipa era para él un tormento doméstico, y todos los días ponía á prueba su longanimidad; un día que despues de haberle llenado de injurias le derramó un jarro de legía en la cabeza, no pronunció más que estas palabras: *Es raro que cuando truene no llueva.* Ella misma confesaba no haber visto volver á su marido á su casa con diferente semblante de aquel con que había salido: todo su aspecto representaba exteriormente la tranquilidad interior de su alma. Cierta Zopiro, el Gall ó Lavater de Atenas, que pretendía conocer el carácter de un hombre por su fisonomía,

examinó á Sócrates y le dijo que debía ser orgulloso, estúpido, curioso y lascivo; grandes fueron las risas entre los que le conocían, pero Sócrates confesó, que tales eran en efecto las inclinaciones que había sentido, si bien había procurado dominarlas. El oráculo de Delfos proclamó que no existía hombre más libre, justo y sábio que Sócrates.

Al ver á tantos ciudadanos perecer víctimas de la crueldad de los Treinta ó desterrarse, decía: *—El pastor que viera su rebaño disminuirse de día en día y se negase á confesar que era un mal pastor, faltaría á la sinceridad: aún faltaría más el gobernador de una ciudad que, notando disminucion en el número de ciudadanos, negase que gobierna mal.* Intimáronle los Treinta guardar silencio y no reunirse con ningún ciudadano de ménos de treinta años de edad; mas no dejaba él por eso de hablar con la misma libertad: preguntándosele si no temía que la franqueza de sus discursos le ocasionase una desgracia: *—Al contrario,* replicó, *espero mil males, pero ninguno igualaría al que cometería haciendo una injusticia.*

Tantas virtudes no le hubieran hecho vivir tal vez más que en la memoria de sus discípulos, si no le hubiese alcanzado la persecución; conduciéndole á un fin que le convirtió en un sér ideal desconocido aún en la Grecia, de un sabio muriendo por su opinion. La virtud que habían respetado de él los tiranos, no le salvó de sus conciudadanos; citaron al justo delante del tribunal, como culpable de impiedad, como corruptor de la juventud y como innovador; delitos que, por lo comun, se imputan á los que no han cometido ninguno. Fueron sus denunciadores los sacerdotes Anito y Melito, los cuales sostuvieron la acusacion. Contestó á los jueces que le preguntaban, segun costumbre, qué castigo creía merecer: *—Ser colocado en el palacio de la ciudad, y sostenido á expensas de la república.* Puesta la sentencia á votacion, fué condenado á beber la cicuta.

No quiso usar delante de sus jueces de ninguno de los artificios oratorios, á los cuales recurrían habitualmente los acusados para hacerse absolver, diciendo que le sentaría tan mal como borceguies jónicos en sus piés. A uno que le preguntaba por qué no pensaba en su defensa: *—Toda mi vida he pensado en ella, no ejecu-*

tando ninguna accion por la que mereciese ser castigado. Cuando le llegó el turno de tomar la palabra, pronunció este discurso: *—Pueril defensa de una sublimidad increíble,* segun Montaigne.

«Soy septuagenario, y esta es la primera vez que me presento ante un tribunal. Absolutamente extraño á la habilidad del lenguaje de artificio de mis adversarios, no hablaré sino para obedecer á la ley como me habeis visto siempre hacerlo en la plaza, en las tiendas y en todas partes. Impútanme mis acusadores escudriñar las cosas superiores é inferiores á nosotros, convertir las buenas en malas y enseñar á los demas á ejecutarlo. Nada de esto, sin embargo, sé yo, y puesto que siempre he hablado en público, que se diga si hay alguno que me haya oido hablar por ese estilo, ó si más bien estos jóvenes que me han escuchado, llegados á la edad adulta, no han continuado amándome. Mi ciencia es enteramente humana, y si el oráculo me ha declarado el más sábio, es únicamente porque sé que todo lo ignoro. Por haberlo dicho, me he atraído la enemistad de los filósofos, de los artistas y poetas que creen saberlo todo. Sabe la juventud que me oye no hacer mucho caso de su pretendida ciencia, y por esto dicen que yo la corrompo, y por esto indisponen contra mí á Melito, Anito y Lichon. Estos me acusan, pues, de corromper á los jóvenes, de no creer en los dioses y de introducir otros nuevos. Pero la primera imputacion no puede ser creida, pues nadie quiere á sabiendas hacer malos á los demas para que luego le dañen. Si he errado, ¿por qué mis acusadores no me han reprehendido é ilustrado á tiempo? Con respecto á la segunda acusacion, está en contradiccion con la tercera, pues cuando yo hablo de mi demonio, bien demuestro que hay dioses. Este demonio me ha mandado filosofar, y le he obedecido, como obedecí joiatenienses! á vuestros capitanes en Potidea, Amphipolis y Delos. Si me absolviérais con la condicion de no filosofar, querría por obederos desobedecer á los dioses, no pudiendo rendirles mejor homenaje que el de emplear todos mis esfuerzos en persuadir á jóvenes y viejos á no ocuparse de las riquezas y bienes del cuerpo con preferencia á los del alma. Si en estos momentos me defiendiendo, no es tanto por mí como por vosotros,

que, haciéndome morir inocente, pecais contra Dios que me ha colocado en vuestra ciudad como un tábano sobre un hermoso corcel para aguijonearlo y tenerlo siempre alerta. Aunque jamás he ejercido magistratura, creo haber prestado grandes servicios á la patria, no abandonando jamás la causa de la justicia, no cediendo á la fuerza y á la autoridad, ya fuese ésta del pueblo, ya de los tiranos. No recurriré, pues, para disponeros en favor mio, á medios que no creo buenos ó justos, pero como al contrario de lo que me imputan mis acusadores, creo en Dios, más que ninguno de ellos, remito mi juicio á Dios y á vosotros.»

Condenado á una multa se negó á pagarla por no parecer que se confesaba culpable. Queríéndole hacer huir sus amigos, se opuso á ello diciendo que no existía ningún paraje en el Atica donde no se muriese.

En efecto, la fuga hubiera debilitado la dignidad de su causa, al paso que su constancia le ha hecho honrar por la posteridad.

Cuando oyó éste su sentencia, dijo dirigiéndose á sus jueces: *La naturaleza me había condenado antes que vosotros.* Tengo la mayor esperanza, replicó, de que me es ventajoso ser condenado á muerte; pues una de dos, ó todo acaba con ella ó le sucede otra vida. Si todo acaba, ¿cuán dulce debe ser reposar tranquilamente, sin sueños, despues de las numerosas pruebas de la vida! Si hay otra existencia, ¿qué satisfaccion la de encontrarme con los antiguos sabios, reunirme con otras tantas víctimas de inicuos juicios, y salido una vez de vuestras manos presentarme delante de los que con justo derecho se llaman jueces! Voy á morir, vosotros á continuar viviendo; ¿cuál de las dos cosas valen más? sólo los dioses lo saben.»

Aunque parece que dudaba, creía ciertamente que su vida iba á convertirse en otra inmortal. Cuando hubo bebido la cicuta con serenidad, vió á sus amigos llorar á su alrededor; él solo con valor, habló con ellos de sus esperanzas despues de la tumba y murió con ellas. Preguntándole uno en el momento en que iba á espirar si deseaba alguna cosa, respondió: *Si, sacrificad á mi nombre un gallo de Esculapio.*

Haciase este sacrificio comunmente por aquellos que curaban de una enfermedad peli-

grosa; considerando la vida bajo este aspecto, quería, con la suave ironía que le era habitual, que se la rindiesen gracias porque él le había abandonado.

Poco tardó Atenas en reconocer su crimen y arrepentirse de él; Melito fué muerto por el pueblo, Anito se fugó, sus demas perseguidores tuvieron que sufrir unos una multa, otros la infamia y todos los remordimientos.

CAPÍTULO XI

Retirada de los diez mil.

Ahora debemos dirigir nuevamente nuestras miradas hácia la Persia que tanta parte tuvo en las vicisitudes de Grecia. Cuando la derrota sufrida junto al río Eurymedon (496), y la pérdida de Chersoneso de Tracia cerraron la Europa á los persas, se retiró Jerjes á su serrallo, donde, como ya dijimos, fué muerto. Durante los cuarenta años del reinado de Artajerjes (465—424) ofreció el imperio señales de decadencia, y aun cuando aquel príncipe estuviese dotado de insignes prendas, no tuvo valor ni voluntad de aplicar el oportuno remedio. Histapo sublevó la Bactriana contra su hermano que no pudo triunfar de él, sino despues de dos batallas; ocuparonle en un principio sériamente la guerra de Atenas, ora sorda, ora declarada, los disturbios que promovian los descontentos en el centro de sus estados y la sublevacion de Egipto (463), de que ya hemos hablado; despues la victoria de Chipre, conseguida por el ateniense Cimón, vino á obligar á Artajerjes á consentir en la paz (449); le fué preciso reconocer la libertad de los griegos de Asia y prometer que ya no enviaria ninguna escuadra al Mar Egeo, ni tampoco tropas á distancia de tres jornadas de la costa.

En la guerra de Egipto, llevada á buen término por Megabises, sátrapa de Siria, empenó promesa de salvar la vida á Inaro, rey de Libia, promotor de la revuelta; habiendo sido condenado este príncipe á muerte (447), se valió Megabises de este pretexto para sublevar la Siria, derrotó dos veces á los ejércitos reales y dictó él mismo las condiciones de su reconciliacion con el monarca. Este primer ejemplo de la rebeldía triunfante de un sátrapa contra el imperio fué un incentivo para tentar otras

nuevas. Amestris, madre del rey, y Amitis su esposa, igualmente corrompidas é intrigantes, habian obrado en favor de Megabises, dirigido los negocios á su gusto y mantenido al rey bajo su dependencia hasta el instante de su muerte. Jerjes II, único hijo legítimo de Artajerjes, apenas hacia cuarenta y cinco días que ocupaba el trono, cuando le dió muerte Sogdian su hermano. Seis meses más tarde fué destronado á su vez el asesino, por Ocho, que le hizo perecer en el suplicio de las cenizas. Este último, también hijo natural de Artajerjes, reinó bajo el nombre de Darío II Notho, es decir, el bastardo: conservó la corona por espacio de diez y nueve años (423—404), y se cuenta que habiéndole preguntado su hijo como habia logrado reinar tanto tiempo y tan felizmente le contestó:—*Con la piedad respecto de los dioses, y la justicia respecto de los hombres*. Enseñanos por el contrario la historia que reinó bajo la dependencia de su mujer Parisati y de tres eunucos, y que habiendo aspirado osadamente al trono, Artoxar, uno de ellos, murió en el caldoso.

Trastornando el imperio, disminuyó la obediencia la extincion de la raza legítima de los reyes persas; y tanto más, cuanto que la nueva dinastía se extravió de la constitucion antigua, confiando á un sólo sátrapa el gobierno de muchas provincias é invistiéndole hasta con la misma autoridad militar. Desde entonces se multiplicaron las revueltas, y aunque la corte logró sofocarlas, venian á ser otras tantas pruebas de debilidad los pérfidos medios que empleaba para obtener este resultado. Figuraron como las más peligrosas la de Arsites (414), hermano del rey, sostenido por un hermano de Megabises, y la de Pisuthes, sátrapa de Lidia. Aquellas dos rebeliones no fueron apagadas, sino en virtud de la traicion empleada para que fuesen entregados sus caudillos.

Aprovecháronse los egipcios de la inquietud y de la debilidad de sus dominadores. Amirhteo, que desde la sublevacion de Inaro, se habia mantenido en medio de los pantanos, salió á campaña, y auxiliado por la poblacion lanzó de nuevo á los persas de Egipto (414), condujo su empresa con tal ventura, que los persas hubieron de resignarse á reconocerle por rey así como á sus sucesores.

De gran peligro se hubiera visto amenazada Persia, si Grecia hubiera pensado entonces en tomar venganza de los ultrajes recibidos, y si Conon se hubiera anticipado á Alejandro Magno; pero la guerra del Peloponeso que duró tanto como el reinado de Darío Notho, no sólo aseguró la tranquilidad á los persas, sino que les brindó coyuntura de dañar á la Grecia. Representando respecto de ellos el papel de los emperadores de Alemania con las repúblicas italianas de la edad media, y acechando el momento de apoderarse de ellas como de una presa que les pertenecía, alimentaban las facciones, corrompian á precio de oro, y sostenian al partido vencido con el fin de debilitar al partido vencedor. Poco á poco hubieran impulsado la Grecia á su pérdida, si hubiesen tenido siempre para dirigir su política, ánimos tan desembarazados como Tisaferno, y si las resoluciones del gabinete no hubieran sido contrariadas por los celos y caprichos de los sátrapas del Asia Menor. Habia conseguido Tisaferno concluir un tratado de alianza con Esparta (414), cuyos efectos supo por mucho tiempo impedir la destreza de Alcibiades.

Llegó Lisandro á conciliarse las simpatías de Ciro, hijo segundo de Darío Notho. Varios escritores nos lo muestran como el modelo de los príncipes, á la vez prudente, instruido, activo, valeroso, fiel á su palabra y de una invariable probidad. Contaba á Lisandro que él mismo habia delineado sus jardines de los que hacia sus delicias, que habia cavado la tierra y plantado los árboles con sus propias manos. Manifestaba alguna duda el espartano y hacia alusion al lujo de sus vestidos, á los collares y brazaletes de que con profusion se adornaba; entonces juró por Mithras el jóven príncipe, que jamás tomaba ningun alimento sin haberse fatigado en el trabajo.

Si realmente poseia las buenas cualidades que se le atribuyen, eran al ménos disminuidas por su educacion en el serrallo, y por la predileccion de su madre Parisati, que adulaba su vanidad y su deseo de reinar. Castigaba con la muerte el ceremonial de la corte de Persia, á cualquiera que mirase el rostro de una concubina del rey, tirase antes que él á una pieza de caza, ó apareciese en presencia suya sin tener las manos metidas entre las mangas del

vestido. Descuidaron esta formalidad dos primeros de Ciro, al presentarse delante de él, y les hizo dar muerte. Pareció á Darío que este modo de obrar era una tendencia á usurpar honores reservados á la única majestad real, y llamó á Ciro del Asia Menor. Por más esfuerzos que hizo despues Parisati, para hacerle designar como sucesor, confiada en ser de estirpe real, el anciano rey permaneció firme en su negativa y prefirió á Artajerjes II, apellidado Mneumon por su prodigiosa memoria. Confió, sin embargo, á Ciro el gobierno hereditario de la Lidia, de la Frigia y de la Capadocia, hermosas provincias que fueron separadas del imperio.

Aleccionado Ciro por su madre, no las aceptó sino como un escalon para el trono, al cual aspiró con ménos rebozo despues de la muerte de su padre (405). Tisaferno que habia ambicionado el mismo gobierno, acusó á Ciro de traicion con la esperanza de obtenerlo con su caida. Fué preso el príncipe, mas la poderosa Parisati le hizo poner en libertad y enviarle á las provincias de su mando, donde volvió con el deseo de vengarse. Como en los estados despóticos no hay medio posible entre tiranizar y servir, no teniendo disposicion á permanecer esclavo, debió pensar en ser rey.

Hubiera podido parecer inspirado por la locura el pensamiento de derrocar un trono, apoyado en un millon de soldados, en la autoridad de la religion, y en la fuerza de resistencia que las cosas existentes oponen á toda innovacion, sino hubiese tenido en su ayuda el vigor de su carácter, la ciega obediencia de sus adictos y la alianza de Esparta. Se habia conciliado el afecto de los suyos por su valor, su habilidad y modo afable, sobre todo, no siguiendo el ejemplo de sus predecesores; porque lejos de recargar á las provincias, se ocupaba en propagar la industria, practicar la justicia, animar la agricultura, mostrándose más celoso de la ventaja de sus pueblos que de la suya propia. Reclamó la amistad de Esparta por una carta en la cual se alababa de poseer en mayor grado que su hermano los sentimientos de un rey, de ser instruido en la religion y hallarse en estado de beber mucho vino sin sentir sus efectos; añadiendo que rogaba diariamente á los dioses le concediesen bastante vida para poder recompensar digna-